

## LA RUINA DE LOS MEXICANOS, O LOS ENEMIGOS DE LA PATRIA SIN MÁSCARA NI ENCUBIERTA

Tan criminal como el que hace traición a su patria, es el que sacrifica la conservación e interés general por miras de su particular provecho: y ya se conocerá cuanto es execrable la barbarie y perversidad de estos que con todo género de maldad han afligido a la patria y están hoy ocupados de su total ruina. *Cicerón lib. 1 de la república.*

**D**espertad mexicanos: despertad, pues un abismo de males esta para sumergiros y perderos sin remedio. ¿Hasta cuándo, hasta qué punto, hasta qué grado se abusará de vuestro sufrimiento? ¿Hasta cuando una docena de hombres los más despreciables, los más prostituidos, los más ignorantes, los de ningún mérito para la patria, han de constituirlos el juguete de sus pasiones, y el instrumento de sus infamias? Abrid los ojos y mirad que la que os están tramando y preparando, es para la total ruina de nuestra nación.

Sabed que actualmente es ministro de la guerra de los Estados-Unidos el abominable Poinsett, y mirad que esto se hace en los momentos de nuestra lucha con los tejanos. Recordad que florecía y prosperaba nuestra República, que una era la voluntad de sus hijos, que todos eran hermanos, que prosperaba la agricultura, que había un ejército numeroso bien pagado, que nada se debía a los empleados y que caminabamos violentamente a la opulencia; pero esto no agradaba a Poinsett, y por eso, válido de los mismos mexicanos, sembró la discordia y puso en ejecución todos los males que pudo, para que disminuida la población, aniquilado el ejército, empobrecido el país, dividido y asolado, consumido el erario, hambriento el empleado, lánguido de miseria, angustiado el gobierno, amagado en lo exterior y sin recursos, la patria no tuviese remedio y llegase a ser presa de la ambición y constituida patrimonio de otra potencia. En efecto, visteis que nuestros males existen desde la venida de Poinsett, quien para disminuir la población, promovió la salida de los españoles con sus infelices familias, afligiendo y atribulando por cada español a una esposa mexicana, a muchos hijos y protegidos naturales del país, que se hicieron salir con sus gruesos caudales, para que dándoles acogida en los Estados Unidos, que están bien inmediatos, circulara allí el dinero que salía de nuestras ciudades: que estableció las logias yorquinas, para que dividiéndose los mexicanos cuando ya fueron numerosas, comenzaran las revoluciones, costando al gobierno sumas inmensas y produciendo el efecto de derramarse a torrentes la sangre de los infelices

soldados mexicanos que nada entendían de partidos, ningún fruto sacaban de ellos, y debían ya tener resguardada la vida que expusieron tantas veces peleando por la independencia, y solo conservarla para defender con ella a su patria de los ataques extranjeros. ¡O miserables víctimas! ¡Valientes soldados que perdisteis la vida en Tolome, Tulancingo, los Pozos, el Palmar, la Acordada, Oaxaca, Perote, Posadas, Zacatecas y otros puntos, vosotros fuisteis víctimas defendiendo a vuestros mismos enemigos, a los que no deseaban sino consumir al ejército, disolverlo y aniquilarlo, como lo trataron de realizar los yorquinos en 1833; vosotros recibisteis la muerte, dejasteis a vuestras infelices familias en la miseria, y los yorquinos, los amigos de Poinsett que os movían; quedaron contentos, ellos sacaron el fruto, nada arriesgaron y nada sintieron ni agradecieron ni aliviaron a vuestras familias.

¡Visteis, mexicanos, que esos masones establecidos por Poinsett no hicieron otra cosa sino hacer al pueblo y al ejército instrumento para su propio provecho! El pueblo se movía, los soldados derramaban su sangre, y los yorquinos eran los únicos que se colocaban en los empleos para robarse las rentas públicas, con que han medrado. Los yorquinos con el empleo, o con lo que tomaron, viven en desahogo, al paso que al soldado apenas se le puede pagar, el empleado llora de hambre, y los hombres pacíficos, los ciudadanos miserables resisten las contribuciones que hoy son necesarias para que la nación no perezca.

Pues mirad, mexicanos, que no se ha cansado Poinsett, ni los yorquinos compadecen a esta patria de que son indignos hijos, sino que tratan de darle el último golpe: ya veis que todos los paniaguados de Poinsett, sus criaturas, sus amigos, ya ven establecida la república, ya que conocen que se puede emprender la guerra de Tejas, es cuando para divertir nuestra atención en lo interior, levantan la voz contra nuestra presente constitución, para que el gobierno no pueda disponer de la tropa necesaria, para que divididos los mexicanos entre sí haciendo y deshaciendo, ocupándose hoy en destruir lo que se fabricó ayer, y mudándose cada día las leyes entremos en tal grado de confusión, que sin defensa alguna seamos de nuevo esclavos, y perdamos al mismo tiempo la independencia y la religión.

Se toman por pretexto las actuales leyes, y se clama por las instituciones de 1824, para que volviendo a sus puestos los masones, nadie haga caso de que los tejanos están en posesión de nuestro territorio, y que el será ocupado por nuestros enemigos. Veis, mexicanos, que todas las representaciones que se están presentando, están dictadas y firmadas por los que conocidamente son yorquinos: que los generales que la firman, si fueran patriotas, habrían ido a la campaña de Tejas a hacer la guerra a nuestros enemigos: que los hombres de caudal que también firman, no aportaron su dinero, y si lo ministrarán para que se mude la forma de gobierno, con la cual no arrojamus a los tejanos, sino que justificamos su conducta, y que tanto esos generales como esos ricos ayudan a la destrucción de la patria, siendo por maldad unos y por tontera otros, agentes de Poinsett.

Vosotros, valientes soldados del ejército, visteis que bajo la constitución federal continuamente estabais en lucha los unos con los otros: de un estado pasabais al otro: cuando no teníais en Veracruz, donde el vómito os consumía: cuando escapa-

bais de la muerte en el Sur, pasabais a exponerla a otro extremo, y los miles de vuestros compañeros por las revoluciones de los masones quedaron tirados en los campos para que unos yorquinos fuesen ministros, otros generales, otros subiesen a coroneles, aquellos fuesen diputados, los otros gobernadores, y solos vosotros expusisteis vuestras vidas. Exponedlas mil veces; pero no por engrandecer a los hombres, sino a nuestra patria; no por los tejanos, sino por la independencia; no por los malvados, sino por nuestra nación.

México, noviembre 27 de 1837.

*Los mexicanos verdaderos.*

México: 1837

*Impreso por Tomás Uribe, Puente del Correo Mayor número 9.*